

Bravura

Emmanuel Carrère

Bravura

Traducción de Jaime Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Bravoure
© P.O.L. éditeur
París, 1984

Ilustración: foto © Emilie Duchesne / Getty Images

Primera edición: noviembre 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Jaime Zulaika, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7968-1

Depósito Legal: B. 19948-2016

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Antes de mover el cuerpo, su mirada abarca sucesivamente la penumbra húmeda del pasillo en el que va a entrar y, un momento antes de que la puerta se cierre, el espectáculo de la calle que acaba de abandonar y de la que ahora le separa la pesada hoja de roble. Como la casa no contiene mobiliario y él mismo ya no posee nada, sólo tiene que mover su propio peso, pero es suficiente para agotarlo: todo pesa más entre estos muros espesos, empezando por la puerta, cuyo umbral cruza cada vez menos, ya que cada gesto exige un esfuerzo, como si la gravedad se multiplicase y la atracción de la tierra fuera más imperiosa en este lugar preciso de Londres.

A veces, nada más entrar, en lugar de subir, conteniendo el jadeo, el tramo de peldaños que se vislumbra al fondo del estrecho corredor y le conduce a su guardarropa, se arrodilla delante de la puerta, pega el ojo a una rendija que ha descubierto, mira al exterior. Estas sesiones de acecho le agradan, al menos le agradaban al principio, a pesar de la angostura de su campo visual. Para él sigue siendo la mejor manera de ver el mundo: sin que le vean, sin que le pidan que se mezcle con él, que participe.

Mientras está en la calle, al descubierto, esta participa-

ción consiste básicamente en prever las modalidades de su exclusión voluntaria, los obstáculos que amenazan con entorpecerle. Al recorrer la calzada a unos metros de la puerta, tiene que cerciorarse de que nadie le verá empujarla, desplazar la plancha que tiene aspecto de cerrada pero que en realidad no lo está y, aunque la callejuela no es muy transitada, hay veces en que tiene que recorrerla dos o tres veces en los dos sentidos porque se cruza con algún transeúnte delante de su retiro y debe engañarle prosiguiendo su camino. Cuando el transeúnte inoportuno se ha alejado, vuelve sobre sus pasos, comprueba que no hay nadie a la vista ni al alcance del oído y retira de prisa la plancha y luego la repone en su sitio empujando el batiente de la puerta. A veces también ocurre que cuando él vuelve se encuentra allí al transeúnte, que se entretiene conversando con un conocido o incluso examinando la fachada, evaluando los desperfectos que debe de sufrir este domicilio burgués abandonado. Entonces lo adelanta de nuevo, evitando su mirada, temiendo que el otro encuentre algo sospechoso en sus idas y venidas, en su aspecto general. A pesar de sus esfuerzos para convencerse de que ese cariz sospechoso, y en consecuencia la suspicacia del viandante, sólo existen en su imaginación, siente como un peso en el hombro la mirada todavía distraída, pero que no tardará en centrarse, en transmitir su informe al cerebro, que dará la alerta antes de que él, Polidori, haya podido desaparecer, escabullirse del mismo modo que se oculta el cuerpo del delito para que se estanque una investigación. Aprentando el paso, se imagina las repercusiones de esta información sin importancia (un joven acaba de pasar de nuevo, con aire culpable, por delante de la puerta de un inmueble condenado), su periplo por las circunvoluciones cerebrales del honrado paseante: por supuesto, piensa éste, puede ser que este hombre con aire culpable que acaba de

pasar sin motivo aparente, camine al azar, como yo estoy haciendo, pero no es un ocioso, parece, paradójicamente, demasiado disponible para ser un paseante fortuito. No, este hombre no tiene nada que hacer, pero no se pasea. Se esconde, muy probablemente, teme el trato con sus semejantes, su única relación con ellos es el miedo a que se paren delante de su guarida y le impidan el acceso. Ni siquiera está descartado que una vez dentro, a salvo, practique con un berbiquí unos agujeritos en el tabique que le protege con el fin de observar ávidamente aquello de lo que se protege.

Un día que entraba en la calle para volver a su casa sorprendió delante de su puerta a un hombre de una edad intermedia, con aspecto de rufián y una rodilla flexionada, en una postura absolutamente simétrica a la que él adopta para espiar detrás de esta puerta. La rendija debía de encontrarse a la altura de sus ojos. El sudor se congeló entonces en el magro espinazo de Polidori, aunque en realidad no corriese ningún peligro. Por otra parte, la visión sólo duró unos segundos porque el hombre, que acababa de sacarse una piedra del zapato, se enderezó al instante para alejarse en dirección opuesta. Pero se imagina que esta misma escena podría producirse cuando él está detrás de la puerta, con el ojo pegado a la estrecha rendija. Si el rufián llegase de costado (lo que evidentemente es lo más probable: lo más frecuente es recorrer las calles a lo largo y no a lo ancho, sobre todo cuando son tan estrechas), si se arrodillase repentinamente, su mirada podría sorprender el ojo de Polidori acechando. La noche siguiente soñó con ese instante horrible en que la mirada de un hombre en el exterior descubre la suya, el instante en que se cruzan. Despertado por el miedo, abrió los ojos, o más bien uno solo, como tiene por costumbre: levantando un párpado y después el otro por lo general consigue evitar que sus ojos

se pongan a bailar la giga en sus órbitas, como le ocurre cada vez más a menudo cuando se emociona. Al abrir un ojo vio otro ojo extraño, negro, casi pegado al suyo. Ni siquiera gritó, era como estar muerto. Se había despertado, la pesadilla continuaba, estaba muerto, de acuerdo. Sin pestañear, con calma, afrontó el ojo abierto de par en par, tan cercano que su propio campo visual apenas podía incluir el blanco alrededor de la pupila dilatada. Nunca ha visto un ojo tan de cerca. Luego, confiando en la inmovilidad cadavérica para impedir la temida giga, abrió el otro ojo con la certeza de lo que vería: un ojo simétrico, tan cerca que casi tocaba el suyo. Y en realidad lo único que vio era la curva de una mejilla, la mejilla de Teresa que le observaba dormir desde hacía casi una hora.

Teresa ejerce la prostitución ocasional que le permite sobrevivir con una especie de donaire infantil, un poco bobo, piensa Polidori, y aunque se vea obligada a plegarse a los caprichos de sus clientes, que reclaman las caricias menos inocentes, muchas veces les añade una delicadeza de chiquilla, una carantoña más adecuada para seducir a un tipo viejo que te mimas que a un hombre de brega sexualmente frustrado. Durante las tres semanas que llevan cohabitando en la casa vacía sólo ha hecho el amor una vez con Polidori. Ni a ella, para quien constituye su sustento, ni al joven, al que el abuso del opio y el odio vuelve impotente, les interesa realmente la experiencia y no la han repetido. Pero a él le reserva las caricias tenues que sus clientes rechazan a menudo, y cuando están juntos se empeña en enroscar los rizos de su cabello alrededor de los dedos de los pies de Polidori, en roerle las uñas o incluso ejecutar lo que parece ser su zalamería preferida, que ella llama el beso de la mariposa. Acerca los párpados a un

punto sensible de la piel y bate varias veces las pestañas, rozando la epidermis expuesta. Aquella noche, cansada de verle dormir, o bien para rescatarle suavemente del mal sueño que le contraía el rostro, le dio el beso de la mariposa directamente en los párpados, de tal modo que él, al abrir el ojo, sólo pudo ver el de ella, a una distancia de la longitud de las pestañas. Al comprender la situación, Polidori fingió que había abierto los ojos debido a un movimiento reflejo y que no se había despertado, para evitar que Teresa continuase con sus delicadezas, o bien, si ella había comprendido que fingía, para que comprendiera también que era mejor interrumpirlas. Unos minutos después, prudentemente, levantó un párpado y comprobó que el de ella, un poco alejado del suyo, estaba cerrado ahora. Su respiración era sibilante. En otros tiempos, el gusto por la simetría habría impulsado a Polidori a esbozar a su vez un beso de mariposa, pero la simetría ya no tiene sentido entre sus ojos y unos ojos ajenos. Los de él sólo están hechos para esconderse. Incluso a su pesar huyen como animales asustados. Sus orejas están hechas para captar lo que sale de otras bocas, no por simpatía o curiosidad, sino para detectar amenazas en ellas. Su boca le sirve para aprisionar todo lo que, saliendo de él, pudiese abrirse camino hasta los oídos de los otros, sus manos para permanecer en sus bolsillos agujereados, o detrás de la espalda, o para escribir páginas que nadie leerá nunca, su sexo para acurrucarse dentro del calzoncillo y, en general, toda su persona para atrincherarse en una penosa madriguera donde no puedan alcanzarle ni los ojos ni la boca ni las manos de los otros. Es ya lo único que desea: ser inalcanzable.

Por eso le pesa la presencia de Teresa, aunque sabe que es tan clandestina y temerosa como él. Soporta mal que ella le toque, cosa que ella no hace por sensualidad, sino para establecer un lazo de intimidad, por precario que sea,

de proximidad al menos con un ser humano. Él la reprende porque tiene las manos húmedas, le prohíbe que le hable. Si pudiese la echaría. Sin embargo, es ella la que le ofreció su refugio inseguro cuando lo encontró postrado a la orilla del Serpentine, pero a él no le detendrá esta consideración de gratitud. Solamente teme que si le dice que se vaya, ella lo denuncie a otros vagabundos. Además, es ella también la que vela por la subsistencia de ambos, la que trae todos los días un mendrugo de pan, una jarra de agua fresca, a veces un pedazo de queso o de tocino. Y ahora que Polidori ya casi no sale, ella va a buscarle el láudano del que no puede prescindir a la botica del farmacéutico manco a quien, cuando era médico, salvó de la cárcel, o quizá de la soga, testificando a su favor en un caso de envenenamiento; desde entonces accede a proporcionarle gratuitamente el preparado y, por ello, es incluso la única persona con la que Polidori se trata todavía.

Paga estos servicios tolerando la presencia medrosa de Teresa, aceptando que ella comparta el jergón que, por supuesto, es de ella. Tiene que ser misterioso y seductor a los ojos de esta indigente de diecisiete años, grácil por arriba y fuerte por abajo, con la piel veteada de manchas rojizas. A veces se pregunta qué pensará ella de él, pero se cansa enseguida de estas hipótesis, él que toda su vida se ha complacido en hacerlas. Puede que lo tome por un joven de una gran familia hastiado por una cuita de amor, por un preso evadido o simplemente por un vagabundo; poco importa ahora qué imagen de él se refleja en esos ojos siempre empañados, implorantes. No es más que otra carga, justificada por cierta utilidad práctica, un poco como el hecho de llevar ropa encima, dos o tres libras de telas y de pieles extrañas que son a la vez una comodidad y una traba y en ocasiones un placer de vanidad, pero no, desde luego, en el caso de la pobre Teresa.

Todo le pesa a Polidori, dentro y fuera de sí mismo. Le abruman veinticuatro años de vida muerta que cuando reflexiona divide así: veinte años, o casi, de promesas. No de felicidad, no la ha conocido nunca, sino de aspiraciones, hasta de confianza. Fue una especie de niño prodigio, sus hermanas le admiraban, dibujaba de maravilla. A los diecinueve años, su tesis sobre el sonambulismo lo convirtió en el médico más joven diplomado en la Universidad de Edimburgo. Hace cuatro años que todo empezó a torcerse. Desde la primera vez que partió de Inglaterra, en pos de Lord Byron, su vida no ha sido más que un derrumbamiento lento, preciso, una serie de fracasos, una catástrofe, en suma, una catástrofe ya consumada. Estos veinticuatro años han desplegado su trama de malignidad al principio solapada, luego patente, para conducirle aquí, a este refugio clandestino del Soho, a este jergón pegajoso que comparte, embrutecido por el opio, con una puta fea y de buen corazón. ¡Si al menos consiguiera considerarse un paria, un ser diferente, un genio desconocido! Pero no, sólo es un fracasado corriente, empujado hacia una decadencia anónima por la mediocridad de sus dotes y, un poco también por la grandeza de sus ambiciones, un muchacho desdichado como los centenares que todas las noches, en la intemperie de Londres, buscan un alojamiento, una tabla de salvación provisional. Ya es demasiado tarde para ellos. Polidori, que teme a los hombres en general, desprecia ante todo a los que se le asemejan. Lo poco que queda de él, de la imagen que a los dieciocho años se formó de sí mismo, le impide pactar con los demás desclasados, frecuentar las tabernas donde evocan como fantasmas, o como niños nacidos muertos, el talento musical que ha dilapidado uno, las promesas de poeta que no ha culminado otro, los vagos sueños de gloria de un tercero. Al menos Polidori estará solo hasta el final. O, en el peor

de los casos, arrastrando la carga de una Teresa con la que no tiene nada en común.

Tampoco consigue reanimar la ilusión extenuada de haber tocado fondo y de hallarse por tanto en el momento de su vida en que le corresponde dar un vigoroso talonazo para emerger a la superficie. Bien sabe que es una ilusión, porque ya está gastada a fuerza de utilizarla, sabe que varias veces ya ha intentado exaltarse así sin éxito (sin éxito en el sentido de realizaciones exteriores, claro está, pero también en el de la exaltación que este sueño debía supuestamente procurarle). Y, más aún que en el pasado, el fondo que ha tocado no es un suelo sólido y fiable, sino que se parece a una arena movediza donde el pie resbala y se hunde en lugar de propulsarle hacia arriba.

Por eso Polidori ya ni siquiera sueña. Sabe que esta casa es su último refugio, que después no habrá otro. Sabe también que uno de los aspectos más perniciosos de su catástrofe personal es su mediocre capacidad para los actos desesperados. En varias ocasiones, desde la edad de veinte años, ha hecho el inventario lúcido, no siempre forzado por la amargura, de lo que le mantenía vivo, y siempre llegó a las conclusiones que ahora se le imponen con mayor agudeza, por lo demás inútil. Médico fracasado, expulsado del gremio, jugador sin suerte, dramaturgo sin obra, ridiculizado en el mundo literario en el que soñó con hacer carrera, pobre, sin amigos, demasiado vergonzoso para pedir ayuda a una familia que lo cree muerto, no tiene nada, realmente nada que perder. Ni tampoco nada que ganar, haga lo que haga es demasiado tarde.

La primera vez que quiso suicidarse fue al regresar a Inglaterra, tres años antes, tras haber descubierto la suerte infligida a su *Vampiro* por el editor Colburn y a sus pretensiones literarias por Mary Shelley en el prefacio de *Frankenstein*. Tras largas vacilaciones, optó por elegir una

pistola. Detrás de su mostrador, el armero lo había observado acercarse con un ojo cerrado y el otro desmesuradamente abierto, a pesar de la crispación de su órbita, ante una lupa de relojero que utilizaba, al parecer, para ver de lejos. Era muy viejo, muy frágil, y hasta un hombre tan enclenque como Polidori habría podido tumbarlo de un papirotazo. Polidori pensó entonces que si estaba decidido a morir nada le impediría robar la pistola en lugar de pagarla. No lo necesitaba, le quedaba más que suficiente para esta última compra, pero de pronto se percató de que en toda su vida, él que soñaba con aventuras, riesgos, emociones fuertes y desaprobadas por la moral, nunca había robado, nunca había birlado un céntimo a nadie (en consecuencia tenía que desquitarse, pero empujado por la miseria y sin el menor brillo). Al menos para morir, antes de hacerlo, podía ofrecerse este lujo. Apenas cincuenta centímetros le separaban de aquel anciano que, como la distancia se había reducido, había sustituido la lupa por otra, extraída de un estuche sin que Polidori alcanzase a comprender cómo, casi ciego, lograba escoger tan rápido la lentilla adecuada para cada circunstancia.

La idea del robo se le había ocurrido en el momento en que franqueaba la puerta del comercio, no había tenido tiempo de preparar una frase, de darle vueltas en la cabeza, de pronunciarla en voz alta, sabiéndose solo, para apreciar el efecto (cada vez que lo hacía, en cuanto soltaba la frase, lanzaba alrededor miradas temerosas, esperando sorprender a un testigo que se partía de risa). Con las dos palmas posadas en el mostrador, esforzándose en reprimir su temblor, quiso decir: «Deme una pistola», con una cortés firmeza, suficiente para que el armero comprendiese que se trataba de dársela, no de vendérsela, y que más valía no discutir con un hombre tan resuelto. Pero tan inevitablemente como si la hubiese preparado largo tiempo, y por lo